

# La travesía inconclusa de un juramento:

Discurso de Orden, Ceremonia del Día de la Medicina Peruana 2025

*The unfinished journey of an oath:*

*Keynote Address, Speech Ceremony of Peruvian Medicine Day 2025*

**Max Hernández<sup>1</sup>**

© El autor. Artículo de acceso abierto,  
distribuido bajo los términos de la Licencia  
Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.



DOI: <https://doi.org/10.20453/ah.v68i2.7503>

Tras siglos en los que miles de hombres y mujeres ejercieron el cuidado de sus congéneres enfermos o heridos, en plena era de Pericles, Hipócrates, viajero impenitente, recogió y organizó saberes y prácticas —tal vez supo del código de Hammurabi— y produjo una profunda transformación que independizó a la medicina de la teúrgia y la filosofía. Había sentado las bases de nuestro quehacer, las cuales perduran hasta hoy.

Se sabe muy poco sobre la vida de Hipócrates: provenía de una familia de médicos, es más, se le consideraba descendiente de Asclepio. Se formó en un *asclepion* o templo de sanación, frecuentó a filósofos y visitó numerosas regiones. Basó su sistema en la observación rigurosa y el registro minucioso de los síntomas. Este apego a la clínica le permitió trazar las líneas maestras del diagnóstico médico.

Sus ideas fueron compiladas por sus discípulos y perfeccionadas en el siglo I por Galeno, médico cirujano y filósofo griego que se trasladó a Roma y, tras ejercer como médico de gladiadores, llegó a ser médico del emperador Marco Aurelio. Lo que conocemos como *corpus hippocraticus* es un conjunto de medio centenar

de escritos que contienen normas, recomendaciones y obligaciones éticas para los médicos y abarcan más de mil páginas.

Según la tradición, Hipócrates —o tal vez un discípulo suyo, aunque podrían haber sido los pitagóricos— redactó un juramento que lleva las huellas de su pertenencia a una dinastía médica; de ahí que las obligaciones de los discípulos fueran las mismas que las obligaciones familiares y que se extendieran a todos los practicantes de la medicina, únicos guardianes del saber médico. Requería velar por los enfermos, además cuidar de su dieta y evitar que sufrieran daños o injusticias. Prohibía el uso de pócimas mortales, por más que fuesen solicitadas, y las prácticas abortivas. Separaba las prácticas médicas de las quirúrgicas. No distinguía entre libres y esclavos, alertaba contra la corrupción y los abusos, especialmente sexuales, e insistía en el secreto profesional.

En los años que corrieron de Hipócrates a Galeno, la curación comenzaba a estar menos orientada por la magia que por los hechos de la clínica, en un contexto en que la religión desempeñaba un papel importante. Los principios religiosos se amalgamaban con los conocimientos que se iban adquiriendo. Entre los siglos XV y XVI, la Europa culta fue sacudida por el Renacimiento, la caída de Constantinopla, el advenimiento de la imprenta, el descentramiento del geocentrismo por Copérnico, la Reforma protestante, la

<sup>1</sup> Psicoanalista, exvicepresidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, secretario ejecutivo del Acuerdo Nacional y profesor honorario de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. ORCID: 0000-0003-2791-6476

Contrarreforma, el primer viaje de circunnavegación y un ciclo colonizador. Todo ello incidió en la manera de practicar y entender la medicina.

Traer a colación un par de nombres puede ser revelador. Empiezo por Paracelso, quien luego de doctorarse en Medicina en la Universidad de Ferrara (Italia), inició un largo periplo por Europa en pos de conocimientos de primera mano sobre las enfermedades y los remedios naturales usados por campesinos y curanderos, lo que más adelante le permitió sentar los cimientos científicos de la farmacología y la toxicología. Nombrado médico de la ciudad de Basilea y profesor de su universidad, puso especial énfasis en la experiencia y la observación. Cuestionó las enseñanzas clásicas hasta tal punto que en 1527 quemó públicamente las obras de Galeno y Avicena, hecho que causó una polémica que reverberó en todo el continente.

El otro nombre es el de Miguel Servet, precursor de la fisiología. Su descubrimiento capital sobre la circulación pulmonar de la sangre, recogido en su libro *Christianismi Restitutio*, corrigió el error hasta entonces vigente de que la comunicación entre el ventrículo izquierdo y el derecho se daba a través del *septum* interventricular. Perseguido por la Inquisición católica, se refugió en la Ginebra protestante. En 1553, Calvino lo condenó a la hoguera por hereje y blasfemo porque cuestionaba la doctrina cristiana de la Trinidad.

Una figura de excepción en una época en la que campeaban dogmatismos religiosos radicales fue Sebastián Castellio, profesor de Griego en la Universidad de Basilea, quien antes había buscado refugio en la Ginebra calvinista al igual que Servet. Sostenía que la razón precede y es más confiable que la Biblia y que solo aquellas secciones referidas a la revelación o a la profecía podrían considerarse como palabra de Dios. El resto debía ser entendido como producto humano y, por lo tanto, debía ser evaluado por la razón. Si bien pensaba que la razón es una suerte de palabra eterna de Dios mucho más antigua y segura que las letras y las ceremonias, una suerte de verdad permanentemente pronunciada, también decía que era necesario practicar el arte de dudar y creer, de saber y no saber. El martirio de Servet marcó un punto de quiebre en la vida de Castellio. Convencido del derecho individual a la libertad de conciencia, condenó su ejecución y proclamó que «matar

a un hombre para defender una doctrina no es defender una doctrina, es matar a un hombre». Asediado hasta el final por acusaciones de herejía instigadas por Calvino, murió en la pobreza.

A finales del siglo XVIII, dos perspectivas convergían en la medicina: aquella que consideraba que el conocimiento proviene de la experiencia sensorial, tal como sostenía el pensamiento filosófico de Étienne de Condillac, y otra más dirigida a la práctica médica fisiologista y mecanicista que preconizaba Pierre Cabanis. Como sostiene Michel Foucault, a partir de entonces una práctica basada en el empirismo desembocó en una mirada clínica que hacía los síntomas más visibles y descriptibles. Su libro *El nacimiento de la clínica* exploró las condiciones que habrían de hacer posible una percepción médica moderna. Al historizar las reformulaciones de la degeneración y la muerte, Foucault buscaba entender el cambio que llevó de la noción de tratar la enfermedad a la de preservar la salud del paciente.

Con el influjo de los descubrimientos y de la valoración de la anatomía patológica, se fue construyendo un razonamiento que tenía como referentes las ideas de localización y causalidad. Una lógica acorde con la fisiología permitía identificar estructuras —en un primer momento mecánico-espaciales— y determinaciones causales en la etiopatogenia.

Por ese entonces, el positivismo alcanzaba su acmé. Auguste Comte estableció tres etapas o estados en el curso de la evolución humana: un estado teológico en el cual para explicar los fenómenos se apelaba a deidades personificadas; un estado metafísico en el que las deidades eran reemplazadas por fuerzas o entidades abstractas e implicaba, en parte, un cambio y, en parte, una continuación del estado teológico, y, por último, un estado científico o positivo, en el cual las explicaciones se daban a través del método científico.

Entre el siglo XIX y la primera mitad del XX, la revolución científica impregnó la medicina. La anestesia, los antibióticos y las vacunas contribuyeron a realzar el estatus del médico. Eran los inicios de la tecnociencia. Al centralizarse la atención médica en los hospitales y dotarlos de equipos tecnológicos, se produjo un gran avance en la salud pública. Pero la estandarización de los tratamientos y la priorización de los procesos

institucionales fueron en desmedro de la relación médico-paciente.

En la segunda mitad del siglo xx, el vertiginoso incremento de la migración del campo a la ciudad y la aceleración de los procesos de urbanización desembocaron en un marcado individualismo. Esto coincidió con el surgimiento de la bioética. Se puso énfasis en los valores y los proyectos propios de cada persona y, por ende, en su derecho a participar en las decisiones que afectan su salud. El consentimiento informado se consolidó como un principio fundamental. Todo ello reforzó la autonomía del paciente, quien pasó a ser cada vez más agente activo de su propia atención.

Así llegamos a este siglo, en el cual la conciencia de la condición biopsicosocial del ser humano impulsó una visión holística del paciente. A la par, el importante desarrollo de las tecnologías de información ha

de salud pública han llevado, en no pocos casos, a la deshumanización de la medicina.

Abro un paréntesis para referirme al relato de Jorge Luis Borges «Pierre Menard, autor de El Quijote». El narrador cuenta que Menard se propuso componer de nuevo el texto de Cervantes. No quería hacer una transcripción, lo que quería era lograr un texto tan exacto que debería coincidir palabra por palabra con el original. Leídos por un lector desavisado, los pocos fragmentos del Quijote redactados por Menard son idénticos al texto cervantino. Sin embargo, Borges advierte que, si bien el texto de Cervantes (escrito a principios del siglo xvii) y el de Menard (escrito a fines del siglo xix) son idénticos literalmente, el de Menard es casi infinitamente más rico.

Es momento de volver al juramento hipocrático, que, tras un largo silencio, a partir del Renacimiento había empezado a usarse en algunas escuelas médicas, costumbre que se extendió en el siglo xix y cobró mayor fuerza luego de la Segunda Guerra Mundial.



Redactar un juramento del siglo V a. C en el siglo XXI sería imposible sin atender a las circunstancias de tiempo y lugar en las cuales se emprendería dicha tarea. Mucha agua ha corrido bajo los puentes de nuestra profesión y **el médico, quien tenía otrora un estatus de importancia en la sociedad, se ve hoy cuestionado por importantes autoridades de influencia mundial**, por el acceso a información fragmentaria sobre las enfermedades y los remedios, por la facilidad con la que se olvidan nuestros logros y la persistencia con la que se blanden nuestros errores con la peor de las intenciones.



posibilitado un mayor conocimiento tanto sobre la salud como de la enfermedad, y la impresionante oferta farmacológica permite una mayor eficacia de los tratamientos. Todo ello podría viabilizar una medicina basada en evidencias y en un conocimiento de las singularidades del enfermo. Pero toda luz tiene su sombra. Los intereses asociados a las corporaciones de *big data* y *big pharma* y la politización de los sistemas

enfermedades y los remedios, por la facilidad con la que se olvidan nuestros logros y la persistencia con la que se blanden nuestros errores con la peor de las intenciones. Y el humanismo, que era trazo indeleble de nuestra profesión, se ve amenazado por la marcha inexorable de los algoritmos. Y, además de todo eso, pese a los inmensos logros de la medicina y, en el caso de nuestra patria, de médicos de los cuales Daniel Alcides Carrión

es cifra y resumen, muchos de nuestros colegas trabajan en condiciones precarias y la educación médica no se provee con la calidad y el rigor necesarios.

Permítanme emprender el difícil ejercicio del arte de dudar y creer, de saber y no saber, no sin antes decir, como Borges, que «me consta que es muy fácil recusar mi pobre autoridad». Veamos: *Juro por Apolo médico, por Esculapio, Hygia y Panacea, juro por todos los dioses y todas las diosas, tomándolos como testigos, cumplir fielmente, según mi leal saber y entender, este juramento y compromiso.* ¿Cómo tomar como testigos hoy a todos los dioses o al Dios de una religión monoteísta?

¿Es la única forma de otorgar solemnidad y obligatoriedad a una promesa? Aunque las Iglesias tienden a ser más tolerantes y hay un mayor diálogo entre razón y fe, en el universo médico persisten tensiones entre los creyentes de distintas denominaciones, entre creyentes y no creyentes, entre quienes apelan a la protección de su fe y quienes asumen el desamparo en que nacemos, vivimos y morimos.

Continuemos: *Venerar como a mi padre a quien me enseñó este arte, compartir con él mis bienes y asistirle en sus necesidades; considerar a sus hijos como hermanos míos, enseñarles este arte gratuitamente si quieren aprenderlo; comunicar los preceptos vulgares y las enseñanzas secretas y todo lo demás de la doctrina a mis hijos, y a los hijos de mi maestro y a todos los alumnos comprometidos y que han prestado juramento según costumbre...*

¿Cómo calza este texto en un clima histórico-cultural en el que se cuestiona el patriarcado y el paternalismo, las familias asumen diversas formas y son cada vez más numerosas las familias monoparentales? En tal clima, importa un replanteamiento de la manera de entender tales realidades y también cabe precisar la naturaleza de los vínculos que unen a los discípulos con los maestros. La democratización de la enseñanza parece haber ido *peri passu* con la disminución de las dinastías médicas. Todo ello lleva a una redefinición de las obligaciones del discipulado sin referirlas de manera específica a las

obligaciones familiares y, *last but not least*, a pensar en cuál sería el vínculo que une a los integrantes de nuestro colegio.

Retomemos el juramento: *...pero a nadie más.* Por un lado, puede dar lugar al secretismo presente en nuestra profesión —desde el uso del latín, las fórmulas magistrales y la letra de médico— y a la arrogancia con que a veces ejercemos nuestro oficio. Pero, por otro, la proliferación de escuelas de Medicina que no siempre cumplen con los estándares y el acceso poco menos que irrestricto a información que antes era asunto de

Juramento, promesa o compromiso, la importancia de la contribución de hipocrática al *ethos* médico reside en su llamado a la responsabilidad en el ejercicio de nuestra profesión. **En esta época de pluralismo o, mejor aún, de pluralismos, es necesario mantener una ética consonante con los valores democráticos y republicanos** para que la búsqueda de un sentido común del bien común apele necesariamente a los consensos.

los médicos socavan todo respeto y autoridad necesaria para llevar a cabo nuestra tarea. Sea como fuese, la idea de ser los únicos custodios del saber médico parece haber llegado a su fin.

*En cuanto pueda y sepa, usaré de las reglas dietéticas en provecho de los enfermos y apartaré de ellos todo daño e injusticia.* Se podría decir que esta sección del juramento tiene una importante actualidad en tanto atañe a temas tales como la medicina preventiva, los determinantes sociales de la salud, el abordaje integral del paciente y la manera en que los daños y las injusticias producen «furias y penas» que afectan la salud mental.

*Jamás daré a nadie medicamento mortal, por mucho que me soliciten, ni tomaré iniciativa alguna de este tipo; tampoco administraré abortivo a mujer alguna. Por el contrario, viviré y practicaré mi arte de forma santa y pura.* Al pie de la letra, el juramento prohíbe taxativamente

la muerte asistida, el uso de contraceptivos o el aborto. En el primer caso, cabe preguntarse si una persona que padece un sufrimiento insoportable o siente que está afectando su dignidad no tiene derecho a poner fin a su vida. Hay países en que ello está permitido. En cuanto a la contracepción y al aborto, son muchos más los que toman en cuenta los derechos sexuales y reproductivos.

*No tallaré cálculos, sino que dejaré esto a los cirujanos especialistas.* Este reclamo de especialización de lo médico y lo quirúrgico, vista hoy por hoy, se acentúa en función de un desarrollo tecnológico de beneficios indudables y no controversiales: la cirugía asistida por la robótica.

*En cualquier casa que entre, lo haré para bien de los enfermos, apartándome de toda injusticia voluntaria y de toda corrupción, y principalmente de toda relación vergonzosa con mujeres y muchachos, ya sean libres o esclavos.* Hoy no existe la distinción entre libres y esclavos. Hoy el problema estriba en la discriminación étnica, religiosa, económica o social. Un caso especial es el que ocurre en situaciones de guerra u otro tipo de conflictos en los que no se debe establecer distinción entre amigos y enemigos. Lamentablemente sigue vigente la alerta contra la corrupción y los abusos, especialmente sexuales.

*Todo lo que vea y oiga en el ejercicio de mi profesión, y todo lo que supiere acerca de la vida de alguien, si es cosa que no debe ser divulgada, lo callaré y lo guardaré con secreto inviolable. Si este juramento cumpliere íntegro, viva yo feliz y recoja los frutos.* Esta promesa final alude a un tema complicado: la relación entre el secreto profesional y el cuidado de la salud pública en las epidemias.

Ahora bien, el juramento hipocrático ha sido visto y revisado desde mediados del siglo pasado con el propósito de actualizarlo. Una síntesis sucinta del itinerario seguido: un año después de su creación, la Asociación

Médica Mundial adoptó la llamada Declaración de Ginebra en la Asamblea General realizada en dicha ciudad en 1948. Luego de la Declaración de Helsinki de 1964, fue enmendada en las Asambleas Generales de la Asociación Médica Mundial de Sidney en 1968 y de Venecia en 1983. Por su parte, el Consejo de la Asociación Médica Mundial revisó la redacción en sus sesiones realizadas en Estocolmo en 1994 y, ya en este siglo, en Divonne-les-Bains en 2005 y 2006. Finalmente, fue enmendada nuevamente por la Asamblea General en Chicago en 2017.

Juramento, promesa o compromiso, la importancia de la contribución de hipocrática al *ethos* médico reside en su llamado a la responsabilidad en el ejercicio de nuestra profesión. En esta época de pluralismo o, mejor aún, de pluralismos, es necesario mantener una ética consonante con los valores democráticos y republicanos para que la búsqueda de un sentido común del bien común apele necesariamente a los consensos.

Termino con una historia de Plutarco, filósofo e historiador nacido en el siglo I de nuestra era: la historia del barco en el cual Teseo y los jóvenes que lo acompañaban volvieron a su Atenas natal. Los atenienses conservaron el navío durante algunos siglos. Lo consiguieron remplazando las tablas corroídas o agujereadas por otras nuevas, más resistentes y mejor talladas. Por ello, nos dice que el barco —tal vez el mismo Argo en el que viajó con Jasón y los argonautas— se convirtió en el ejemplo preferido por los filósofos para reflexionar sobre la identidad de las cosas que crecen y cambian. Las opiniones estaban divididas entre aquellas para las que el barco seguía siendo el mismo a pesar de los cambios y aquellas que aseguraban que ya no era el mismo. Me pregunto y les pregunto: ¿cómo ha quedado el juramento hipocrático luego de esta apurada travesía?